

LA SANTA LIGA Y LAS DIFERENTES RAZONES PARA FORMARLA

Magdalena DE PAZZIS PI CORRALES
Catedrática de la Universidad Complutense de Madrid



N este año se cumple el 450 aniversario de la célebre batalla de Lepanto, uno de los acontecimientos navales más extraordinarios de todos los tiempos. Sabemos que fue un suceso que enfrentó un Imperio turco, heredero del de Constantinopla en su preparación y desarrollo militar y naval, a una Liga, la denominada «Santa», de potencias católicas, divididas por intereses particulares y poco consistente, que acabarían por anular los esfuerzos y los resultados de la propia victoria. De ahí que el éxito fuera aún mayor.

Escribir hoy en día sobre este acontecimiento es un riesgo, ya que la investigación sobre tan importante gesta parece haber tocado fondo y son centenares las publicaciones que la han estudiado en su conjunto o en alguno de sus aspectos concretos. La conmemoración de su IV Centenario, en 1971, supuso para muchos una reactivación del interés de la historiografía por ella, pero también, dar por zanjado un tema reconocido con anterioridad como prácticamente agotado. Aunque parezca que se haya acabado la cantera investigadora, siempre queda la atractiva y novedosa interpretación que pueda hacerse sobre ella, a fin de complementar y enriquecer las versiones existentes. Nuestra insigne pluma, Miguel de Cervantes, la consideró *la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros* y el dirigente turco expresó que quien ganara la victoria sería señor del mundo, anticipando la realidad que vendría después. Y en estas líneas vamos a conocer las razones de los integrantes en esa Santa Liga.

Para llegar a esta gran victoria es necesario viajar unos años atrás, a un tiempo en el que las costas mediterráneas se teñían de sangre casi a diario, y que fueron escenario de asedios, batallas y guerras, sufriendo miles de personas el drama del cautiverio, la esclavitud y la muerte. No podemos olvidar que los contactos entre cristianos y musulmanes en los Estados mediterráneos

durante los siglos XVI y XVII estuvieron marcados de forma inquietante por la acción y el enfrentamiento bélico militar, ya fuera en tierra o en la mar, por la actividad mercantil y a causa de las profundas diferencias religiosas. Una realidad que vivieron Portugal, España y sus posesiones italianas (Sicilia, Cerdeña y Nápoles), de igual manera que Génova, Venecia y, por supuesto, Malta y sus caballeros. A partir del año 1500, se enfrentaron sin reservas en los campos de batalla: en Djerba, en el año 1512; en Túnez, en 1535-36; en Préveza en 1538, junto a los venecianos; en Castelnuovo en 1539; en Argel, en 1541, en Djerba otra vez en 1560; en Malta cinco años después, en Lepanto en 1571... Venecia también combatió a los otomanos en Lepanto, antes y después en la guerra de Chipre, que terminaron perdiendo. El monarca portugués Sebastián, perdió la vida intentando conquistar Marruecos, en la conocida batalla de Alcazarquivir, en 1578, combatiendo al lado de los infantes lusos cuantiosos mercenarios franceses, españoles e italianos en una especie de cruzada con un claro carácter medieval. Y Génova lo hizo del lado hispánico a partir de la década del año 1528, además por supuesto, de los pontífices romanos, salvaguarda de la cristiandad.

Pero junto con estas célebres batallas, quizá lo más significativo fue el conflicto periódico, concebido sobre numerosas refriegas, resueltas incursiones y razzias tierra adentro. La piratería berberisca amparada desde Estambul



Batalla de Lepanto, por Juan de Toledo y Mateo Gilarte. Actualmente en la iglesia de Santo Domingo (Murcia). (Fotografía facilitada por la autora)

causaba numerosos daños. Turcos y bereberes norteafricanos —que actuaban en connivencia—, luchaban por posesiones cristianas y los cristianos lo hacían por conseguir espacios musulmanes. La ventaja de los islámicos era la ayuda prestada por cristianos renegados castellanos, catalanes, genoveses o napolitanos, pero también con el auxilio de normandos, bretones, ingleses, flamencos y holandeses. Tampoco puede silenciarse la profunda impresión que las acometidas turcas causaron en la cristiandad en la Europa central: la conquista de Hungría en el año 1526, con la pérdida de su soberano en el campo de batalla; y el sitio de Viena de 1529 y los posteriores, que generaron en la mentalidad europea occidental un auténtico horror. Solo la política francesa de Francisco I se mantuvo al margen porque, *contra natura*, llegó a un compromiso, más o menos formal y oculto, con el sultán turco Solimán el Magnífico, al objeto de desgarrar el marco señalado en torno a Francia por los estados imperiales, ofreciendo incluso sus bases navales en tierras francas.

De esta manera, el trato común entre cristianos de la Europa occidental e islámicos en el Mediterráneo fue, sin duda, un desafío continuo y mantenido en el tiempo. La situación era, en líneas generales, insostenible. El flujo comercial estaba literalmente colapsado por el terror de una piratería desbordada al amparo de la Media Luna. Y no era eso solo. Siguieron los contactos mercantiles, muy amenazados por las relaciones de rivalidad y enfrentamientos constantes, estableciéndose un parlamento entre culturas, conflictivo es verdad, si bien igualmente muy sugestivo. En el asunto galo, los tratos diplomáticos facilitaron la mejor comprensión del Imperio turco ya que una delegación de Solimán se trasladó hasta París en 1534; y, al año siguiente, Francisco I dispuso la llegada de un plenipotenciario a Estambul con la misión de observar a los otomanos y estar al tanto de su vida y costumbres. En definitiva, un conocimiento mutuo que fue difundido en Francia gracias a las crónicas de antiguos prisioneros.

A comienzos de 1538, Carlos V, en plena guerra con Francia por los territorios italianos (las conocidas «guerras de Italia») y tras el desastre de Préveza, solicitó la creación de una Liga Santa frente a la amenaza turca. Y a las fuerzas hispánicas se sumaron el papa, Paulo III, y Venecia. El emperador deseaba que el rey francés se sumara a la coalición (no en vano había sido nombrado Rey Cristianísimo), pero Francisco I declinó la oferta siendo, por ello, criticado entre los intelectuales de su propio país, quienes se quejaban en sus escritos que los dos monarcas más poderosos de entonces no hubieran aunado sus esfuerzos para rendir al Turco, que Francia no acordara sumarse a esta primera alianza y luego a la segunda en 1570, y que tal decisión le valiera convertirse en el gran ausente del éxito de Lepanto. La victoria sobre la Liga Santa en Préveza confirmó la superioridad marítima de los otomanos hasta que las dos Armadas se volvieron a encontrar, en 1571.

En 1539 se producía otro sitio, el de Castelnuovo, la actual Herzeg Novi, en Montenegro, una nueva derrota cristiana que no permitió mantener la coali-

ción, porque no se logró reclutar un ejército suficiente para desafiar el poder naval otomano; y la versada Venecia optó por conveniencia propia firmar una paz con el sultán por separado. Unos meses más tarde, el emperador dejaba igualmente la alianza, circunstancia aprovechada por los corsarios musulmanes para asolar Corfú y el litoral itálico, entorpeciendo, comprometidamente, el comercio español en el Mediterráneo. La réplica cristiana, en una Armada hispano-genovesa con refuerzos de la isla de Malta, se dispuso a patrullar con recurrencia y con éxito distintas zonas del *Mare Nostrum*. Un nuevo intento de Carlos V para volver a reunir la Liga Santa fracasó, de manera que decidió organizar una gran expedición contra los enclaves de los corsarios argelinos. Y lo hizo solo en lo que se conoce como la «Jornada de Argel», la «ladronera de la Cristiandad», como era distinguida por aquel entonces. El fracaso de esta acción arrojaría un balance negativo en la política naval hispánica contra el infiel y ya no habría más enfrentamientos. Años más tarde, en 1556, el emperador se retiraba a Yuste dejando a su hijo al frente de la Monarquía Hispánica y a su hermano Fernando, dirigiendo el Sacro Imperio Romano Germánico.

La amenaza turca continuó a lo largo de los años posteriores. En 1569 comenzaron las primeras conversaciones para preparar una nueva Liga, interlocuciones que se dilataron en el tiempo. La alianza cristiana no se logró por completo hasta 1571 porque, tras la pérdida de Chipre a manos turcas, Venecia desconfió tanto de los españoles como de los otomanos y siempre buscó antes la forma de negociar con la Sublime Puerta —en cuya área de dominio hacía cuantiosos negocios—, que soportar una guerra larga. Al no lograr las concesiones que pretendía del sultán turco Selim II y, ante la amenaza otomana a Creta, se adhirió a la Liga, anunciándose en mayo de ese mismo año, compuesta por Venecia, el papado y la Monarquía Hispánica. Sus integrantes, a los que luego se sumaron Génova, Malta y Saboya, tenían sus intereses particulares, si bien todos justificaban que era para la salvaguarda de la cristiandad; por lo tanto, se consideraba que era un entendimiento temporal por un período no inferior a tres años de duración.

Resultaba una alianza defensiva y ofensiva contra los turcos que adquiriría el compromiso de movilizar una gran armada con mando unificado, con la premura de los venecianos que instaban a los coaligados a formalizarla, pues se veían incapaces de hacer frente solos a la agresión turca sobre la isla de Chipre, iniciada en 1570. Fue la chispa que colmó la paciencia cristiana, lo que provocó la cólera y el más absoluto rechazo a las exigencias otomanas. Era el momento adecuado para aunar fuerzas y frenar la expansión del Islam en Europa, a fin de alcanzar una victoria absoluta. La coalición no detuvo a los turcos, pero decidió iniciar los preparativos para acabar, de una vez por todas, con los infieles. Entre las tropas de la Santa Liga destacaban sus soldados y, pese a que el número de combatientes no era muy desigual, entre las fuerzas otomanas sobresalían los temidos jenízaros, cristianos hechos prisioneros desde la infancia, que se convertían al islam y eran educados por y para

la guerra. Del lado cristiano, los famosos tercios de diferente procedencia. Venecia aportó uno de sus más originales proyectos, la galeaza, una galera de grandes dimensiones, dotada de un mayor número de piezas de artillería, mucho más potentes en su alcance y con cañones móviles situados en las bandas. Con éxito en Lepanto, sin embargo, tras la batalla, este prototipo náutico dejó de utilizarse en los grandes combates navales, al ser muy compleja su maniobrabilidad y tener que recurrir con frecuencia al remolque para ser desplazadas.

Las razones de la coalición: los Estados «implicados»

En la creación de la Santa Liga hubo motivaciones políticas, pero también religiosas y económicas. Ya hemos referido que la amenaza turca fue una constante y que los intereses comerciales europeos se vieron vulnerados con la decidida presencia otomana en el Mediterráneo. Pues bien, echemos un rápido vistazo a la historia de los Estados que intervinieron en la coalición o Santa Liga desde 1570 para poder entender sus motivaciones, justificaciones y, por qué no, sus pretensiones.

Venecia era ya a comienzos del siglo XII una gran potencia mediterránea desde la perspectiva económica, militar y política, de manera que ofrecía sus valores como estado marítimo al Imperio bizantino, obteniendo por ellos destacadas prerrogativas en Estambul, por entonces el mayor centro comercial de Europa. A tal objeto, utilizaba una mezcla de aguda habilidad y garantías comerciales, una diplomacia efectiva e inteligente que convirtió a los venecianos en los señores de los intercambios europeos con el Oriente Medio. Quizá ese fue su principal éxito, anteponer sus intereses mercantiles a los religiosos y militares, obteniendo de ese modo muchas ventajas y considerables riquezas.

En el siglo siguiente, Venecia destacó con su Armada en la cuarta cruzada y logró la anexión de Creta y Eubea, extendiendo aún más su presencia comercial con bases en el mar Negro y con ello alcanzando los preciosos productos de la ruta de la seda desde China. Y en la primera mitad del siglo XV también buscó su expansión por la península italiana ante la intimidación de Milán, convirtiéndose el mar Adriático en «aguas venecianas», desde Corfú hasta el delta del río Po, pasando por varias islas del mar Egeo y cuantiosas comarcas en Albania, consiguiendo también las flotas venecianas el litoral sirio. La República contó con las primeras entidades financieras de la Europa de entonces y sus letras de cambio sirvieron de vehículo económico desde Inglaterra hasta Egipto. Venecia, su capital, se convirtió en el centro del comercio mundial y el mayor puerto del orbe conocido, con 200.000 habitantes, la segunda ciudad más populosa de Europa, por detrás de París.

Sin embargo, la conquista turca de Constantinopla en 1453, señaló el comienzo de sus complicaciones financieras y políticas y el inicio de su decli-

ve, a lo que se sumó en los años siguientes la expansión portuguesa en el litoral africano y el descubrimiento de América por España que, paulatinamente, trasladarían la atención de las actividades mercantiles del Mediterráneo al Atlántico. Con esta realidad, Venecia iría perdiendo su importancia y protagonismo en Europa de forma irrevocable. Por si no fuera grave este hecho, además, los venecianos se vieron forzados a mantener una fatigosa disputa contra los otomanos, transformados ya en Imperio de primer orden desde que los turcos amenazaron los enclaves comerciales venecianos, a partir de la década de los 70. Aunque conquistó Chipre en 1489 para lograr el bloqueo del poderío otomano, la perdería ochenta y un años después.

En Europa, la expansión veneciana en tierras itálicas desafió a la Santa Sede por el control de la Romaña, por lo que el pontífice Julio II había reunido a una Liga (Cambrai, 1508), para hacer frente a la ambición veneciana, logrando que los aliados —Francia (Luis XII), el Imperio (Maximiliano I) y España (Fernando el Católico)—, le infligieran una capitulación que contuvo de forma definitiva cualquier tentativa de Venecia de expandirse por espacio italiano, si bien conservó una gran parte de sus pertenencias en tierra y en el mar.

Así las cosas, a la altura de 1570 tenía razones poderosas para formar parte de la Santa Liga cuando una vigorosa Armada otomana se acercó peligrosamente.



Batalla de Lepanto. Capilla del Rosario. Parroquia San Vicente Ferrer. Castellón.
(Fuente: www.parroquiasanvicenteferrer.com)

mente a Chipre. Los venecianos estaban decididos a atacar a la Armada turca, muy superior, pero Juan Andrea Doria, el genovés al servicio de España, con una mayor experiencia, aconsejó realizar una inspección de la Armada disponible antes de iniciar la marcha. Ciertamente es que esta decisión retrasó la partida, pero permitió conocer que las galeras venecianas, como se sospechaba, no tenían las tripulaciones al completo. El asedio a Nicosia, la capital de la isla, persistía y con la ayuda de refuerzos sacados de las dotaciones navales turcas de bloqueo, el 9 de septiembre cayó, pasando los turcos a asediar otra ciudad, Famagusta que, tras una feroz resistencia, también fue rendida. De hecho, se hubo de abandonar Chipre. Más tarde caerían Creta y sus postreros territorios en el Egeo. Por eso, decidió unirse a la Santa Liga de 1571. Pese al éxito de Lepanto, intentó recuperar los territorios perdidos pero no lo logró. Firmó, no obstante por su cuenta la paz con los otomanos en 1573, como veremos más adelante.

Los Estados Pontificios, a cuyo frente estaba el papa como jefe espiritual de la cristiandad, tenían buenas razones para unirse a la Santa Liga. Pío V, 225.º pontífice de la Iglesia Católica y soberano de ellos entre 1566 y 1572, impulsó con ardor e ímpetu la creación de la confederación. Desde su ascenso al solio pontificio, sus actuaciones ponen de relieve su comprometida lucha por la fe, destacando una inusitada constancia en la reforma intelectual, moral y espiritual de la Iglesia, al igual que un denodado esfuerzo por hacer cumplir escrupulosamente los decretos tridentinos, destituyendo de sus oficios o reclusos en el castillo de San't Angelo los eclesiásticos que no los practicaban. En la curia romana combatió la venalidad, suprimió la simonía, examinó con prudencia a los confesores de Roma, promovió la enseñanza del catecismo en todos los niveles sociales y luchó para eliminar la inmoralidad, los excesos festivos, el adulterio y el concubinato. Igualmente, favoreció la censura editorial y puso en manos de la Inquisición romana la represión de la hechicería, el ocultismo, la astrología y los sortilegios. Por la bula papal *In coena Domini*, promulgó la superioridad de la Iglesia de Roma y de su prócer visible por encima de todos los poderes civiles, declaró hereje a Isabel de Inglaterra (bula *Regnans in Excelsis*) y sufragó con cargo al erario apostólico la intervención de la Iglesia en los conflictos contra los hugonotes en Francia y frente a los protestantes germánicos que habían abrazado la causa de Lutero.

Con todos estos compromisos, no es de extrañar que fomentara las capitulaciones de la Liga Santa, determinando los recursos humanos, económicos y militares con los que habían de concurrir cada uno de los participantes. Temeroso del avance turco, tenía en mente el fracaso de la Liga anterior de 1538-40 y predominaba cierto escepticismo, pero actuó con una decisión y un empuje decisivos. Logró, asimismo, el deber de los aliados de socorrer a cualquiera de los miembros de la coalición que se viese arremetido por los otomanos, en especial si las zonas en riesgo eran las de la Santa Sede. Como estipulación de expiación para quien no atendiese sus compromisos de coaligado, el pontífice

advirtió en las condiciones, la condena de excomunión *latae sententiae* y la pérdida de sus posesiones.

Malta era una isla con una posición estratégica privilegiada en el Mediterráneo, con fluidas relaciones comerciales con su entorno. Estaba en el itinerario que salía de Castilla y Aragón hacia el este del mar latino y en la ruta entre Génova y el norte de Berbería. A partir de 1282, Malta pasó a constituir parte de la Corona de Aragón viviendo desde ese momento una actividad comercial muy pronunciada, conformándose una estrecha relación entre los malteses, los comerciantes aragoneses y los banqueros genoveses, que eran quienes facilitaban cuantos créditos necesitaba la corona aragonesa. Con los Reyes Católicos y la expansión mediterránea entre 1500 y 1510, la importancia de Malta siguió siendo destacada, pero en menor medida. Después, en 1530, la isla fue cedida a perpetuidad por Carlos I a la Orden de los Caballeros del Hospital de San Juan de Jerusalén, que habían sido desterrados de Rodas por los turcos, cuando tomaron el enclave en 1522. Y empezó a ser conocida como la orden de Malta, cuyos caballeros asistían en campaña con valor y denuedo en cuantas operaciones navales se desarrollaron en estos años en el Mediterráneo, defendiéndose extraordinariamente del asedio turco a la isla en 1565.

En efecto, el episodio de ese año fue uno de los más gloriosos de la historia de la Monarquía Hispánica y el héroe de este acontecimiento fue Jean Parisot de la Valette, un ilustre galo, gran maestro de la orden de Malta, que fue un dirigente severo, frío e ingenioso. Después del gran sitio, ordenó la construcción de una nueva urbe, La Valeta, hoy capital de Malta, en 1566, justo cerca del fuerte de San Telmo, que había sido asediado por los infieles durante treinta días. Felipe II le regaló una espada de acero toledano engarzada en oro y pedrería, con un grabado que decía «más que el mismo valor vale Vallette». No obstante, esta hazaña, pese a frenar la expansión turca en el Mediterráneo Occidental, no se rentabilizó, al estallar tres años después la sublevación de los Países Bajos, de manera que los recursos humanos y económicos fueron desviados a sofocarla. Un año después, en 1569, el virrey de Argel atacó Túnez recuperando La Goleta, tomada por Carlos V en 1535.

El relato de la Orden de San Juan es de gran interés, pues ayuda a entender su participación en la Santa Liga. Asimismo, conocida como Orden de los Hermanos Hospitalarios y Orden de los Caballeros Hospitalarios, fue fundada con propósitos caritativos y meramente religiosos en 1084 por mercaderes de Amalfi en Nápoles, que instauraron un hospital para peregrinos al lado de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, bajo el amparo y protección de Juan Bautista, de ahí su nombre, Orden de San Juan del Hospital de Jerusalén. Cuando Saladino conquistó la ciudad en 1168, los caballeros se vieron obligados a retirarse a la isla de Rodas una vez fracasados todos los intentos de recuperarla, instalándose en Rodas (1310), llamándose a partir de entonces los hospitalarios. Más tarde se desplazaron a Civitavecchia, Viterbo, Niza... hasta

que el gran maestre de la orden pidió a Carlos V que les concediera una heredad donde establecer su morada y les cedió la soberanía de la isla a eternidad. Supuestamente, los caballeros de la Orden les habrían regalado al emperador, a cambio, un halcón con incrustaciones de piedras preciosas de inmenso valor, algo que jamás vio el soberano, pues el barco en el que era transportado fue atacado por piratas y nunca se localizó. Es más probable pensar que nunca existiera esa pieza y que, en realidad, lo que enviaban anualmente los caballeros de Malta al rey de España era un verdadero y real halcón maltés, una contribución figurada por dicha cesión. Estaban preparados para enfrentarse a los otomanos cuando, en el verano de 1570, los turcos iniciaron una invasión a la isla de Chipre con 60.000 hombres bajo el mando de Lala Mustafá Pachá, bey de Damasco, desembarcando el 2 de julio y sitiando Nicosia, que cayó el 9 de septiembre. Este hecho fue sentido con estupor generalizado en toda la cristiandad. Otra ciudad de la isla, Famagusta, resistiría casi un año más, pero también fue rendida, como ya se ha señalado con anterioridad. Ahora más que nunca, las negociaciones de preparación de una Santa Liga se hacían más reales y Malta estaba dispuesta a participar en ellas.

Por su parte, la República de Génova tenía también buenas razones para sumarse a la coalición, especialmente desde los años 30 en que se unió definitivamente al destino de la Monarquía Hispánica. Pero no siempre fue así. Desde el siglo XIII mantenía una gran rivalidad comercial y cultural con Venecia. Es cierto que el apoyo genovés a la recuperación de Constantinopla en 1261, le facilitó el libre comercio en el Imperio bizantino y la renuncia de puertos en asientos en el mar Egeo —las islas de Quíos y Lesbos—, así como la ciudad de Esmirna. Más tarde conquistó numerosos establecimientos en Crimea, convirtiéndose junto a Pisa en los únicos gobiernos con derechos mercantiles en el mar Negro, aumentando Génova, de esta manera, su poder en detrimento de Venecia y de Pisa, algo que estos estados no estaban dispuestos a tolerar, en especial esta última. De manera que genoveses y pisanos se prepararon para la guerra, siendo el resultado la derrota de estos y con ella su decadencia, al no volver a rivalizar más con Génova, que prosiguió su expansión hacia Sicilia y el norte de Berbería, estableciendo enclaves comerciales también en las costas del Atlántico. De hecho, el levantamiento de los sicilianos contra la autoridad francesa de los Anjou favoreció que la isla pasara a los aragoneses quienes, como habían sido apoyados por Génova, recibieron la garantía de comerciar libremente en la isla y que los banqueros genoveses obtuvieran beneficios a través de los préstamos a la nobleza siciliana.

Sin embargo, su otro gran enemigo, Venecia, y la larga guerra que sostuvieron ambos, acabó en el inicio el declive del Estado genovés, perdiendo el ascendiente naval del que había disfrutado y dejó de ser el origen de su fuerza y de la posición dominante en el norte de Italia. Por otro lado y, al igual que ocurriera con Venecia, la cada vez mayor fortaleza del Imperio otomano,

cercó también los centros genoveses y la actividad comercial se comprimió en los mares Egeo y Negro, una realidad a la que se sumó el desfallecimiento de la propia República que se debilitaba con las luchas por el poder entre las familias que la dominaban. Dicha circunstancia provocó que, entre 1396 y 1526, Génova se viera envuelta en un continuo sometimiento unas veces a Francia y otras a España o a Milán, pasando a ser una simple peonza en la lucha que Aragón y Francia mantenían por mantener su poder en territorio italiano. Es más, en 1458, Génova pasó a ser un ducado sumiso a un gobernador del rey de Francia, Juan de Anjou y, pese a que contó con la ayuda de Milán para volver a ser una república dos años después, los milaneses aprovecharon para conquistarla en 1464, pasando a ser vasallo de la corona de Francia, siendo ocupados bien por franceses, bien por milaneses de forma continuada.

En esa guerra abierta que Carlos I de España mantenía con Francisco I de Francia por los territorios italianos, lo que se conoce con la expresión «guerras de Italia», los españoles tomaron Génova el 30 de mayo de 1522, sometiéndola a un constante asalto, aunque fue recuperada por el almirante genovés Andrea Doria en 1527. Sin embargo, con el transcurrir de los meses, Doria fue distanciándose del rey francés al no estar de acuerdo con su política, lo que le llevó a pasarse, en 1528, al lado del emperador para quien volvió a recuperar la ciudad, poniendo como condición la garantía y libertades de los ciudadanos, algo que Carlos cumplió. A partir de entonces los lazos entre Génova y España se estrecharon, abriéndose un periodo de colaboración perdurable con el primer préstamo de la banca genovesa al emperador y la firma entre éste y Doria de un acuerdo por el que alquilaban sus fuerzas navales para asegurar la fluidez y la paz de las comunicaciones entre los territorios de la Monarquía Hispánica.

Génova se convirtió en prestamista oficial durante el reinado de Felipe II, tras la primera bancarrota en 1557, sufragando cuantiosas sumas a causa de los frentes exteriores de la Corona española, lo que el hispanista francés Fernand Braudel denominó «la edad de los genoveses». En los años siguientes, ya muerto Doria, la fortaleza mercantil de Génova, se mantuvo dependiente en el control de las rutas marítimas mediterráneas, a pesar de ser en las décadas centrales del siglo XVI, la segunda Armada en esa área de actuación, solo por detrás de la veneciana. La pérdida de Quíos, desposeída por el Imperio otomano, en 1566, supuso un duro revés y hasta finales de la centuria, el mando naval genovés se centró en resistir el avance otomano, que concluyó tras la capitulación de Lepanto, y en una actitud activa y defensiva de vigilancia a los movimientos corsarios. Génova conservaba intacta y operativa una de las escuadras que salvaguardaban el Mediterráneo hispánico, junto a las de las galeras de España, Nápoles y Sicilia. Y en 1570 se hallaba en condiciones de firmar la Santa Liga en la defensa de sus intereses económicos y en su alianza con la Monarquía Hispánica en la lucha contra el infiel.

La incorporación de Saboya a la coalición tuvo mucho que ver por su ubicación geográfica y estratégica, que resultaba de notable importancia militar, especialmente durante las guerras entre España y Francia sobre el control del norte de Italia. Manuel Filiberto era el duque de Saboya desde 1553, si bien por aquel entonces la mayoría de sus tierras estaban administradas por los franceses. No obstante, se situó al servicio de los Austrias con el propósito de recobrarlas y a él se le debe, como comandante del ejército imperial, la victoria de San Quintín (1557) contra los galos. No tenía duda alguna de la alianza con España y rubricar la Santa Liga en su lucha contra el Turco.

La Monarquía Hispánica, con Felipe II al frente, tenía poderosas razones para enfrentarse a los otomanos y unirse también a la gran coalición. Ya no solo por lograr un éxito que su padre no había alcanzado en su política frente al Imperio otomano, sino también por mantener las posesiones en el Norte de África que Fernando el Católico había logrado conquistar. Cuando Carlos V abdicó, concurrían unas zonas de tirantez dentro y fuera de la Península de diferente grado y naturaleza, a la vez que una tensión e inquietudes religiosas como resultado del avance de la reforma luterana que acabarían convirtiendo a la Monarquía Hispánica en el defensor más sólido de la catolicidad y a Felipe II en su mejor sostenedor.

En la década 1560-1570 tuvieron lugar los principales problemas que el soberano hubo de afrontar de manera casi simultánea en sus años de reinado. Por lo que se refiere al Mediterráneo, ese escenario había entrado en los años 50 del siglo XVI en una dinámica más activa en el que el enfrentamiento entre Madrid y Estambul fue más directo. Mientras el monarca español luchaba contra Francia y el papado, se producía al mismo tiempo una ofensiva turca en 1553 y en 1554 atacando las islas de Elba y Córcega. Un año más tarde, con la Armada francesa, el almirante otomano Piali Pachá, asaltó diversos baluartes españoles, algunos en Menorca y, en 1558, los españoles no fueron capaces de tomar Tremecén. A este fracaso siguió el descalabro de la expedición del duque de Medinaceli, virrey de Sicilia, al objeto de acosar a los corsarios berberiscos y tratar de recuperar Trípoli, perdida cuatro años antes. Pese a que las derivaciones de la bancarrota de 1557 se dejaron ver, Felipe II, con la alianza de Génova, Roma y Malta y el impulso pontificio, la armada aliada se reunió en Mesina zarpando con destino a la isla de Djerba (Yerba o llamada también Los Gelves), que se tomó con relativa destreza, si bien la respuesta del sultán turco fue contundente y destruyó los barcos cristianos. En los tiempos sucesivos los otomanos amenazaron las costas levantinas españolas, además de Orán y Mazalquivir. En 1562 se produjo un desastre en las costas granadinas al ser destruida una Armada en la Herradura por una tormenta. Dos años después se conquistó el peñón de Vélez de la Gomera y fueron los momentos en los que el Concilio de Trento cerró sus sesiones empezando a difundir sus acuerdos. En 1565, se obtuvo una gran victoria liberando Malta del asedio turco y tres años después, en 1568, comenzó la sublevación de los

moriscos granadinos —la rebelión de las Alpujarras— que habría de prolongarse en el tiempo desde la víspera de Navidad de ese año hasta la primavera de 1571, unos meses antes de la batalla de Lepanto. Este hecho no sería sino la crónica de una muerte anunciada y la expulsión definitiva de los moriscos de los territorios hispánicos tendría lugar durante el reinado de su hijo, Felipe III.

En lo que respecta al Atlántico, en 1560 se hizo evidente el desapego de la reina Isabel I de la Iglesia de Roma y seis años después (1566) comenzó la insurrección flamenca que, con el ejercicio como gobernador general de los Países Bajos del duque de Alba, se convertía en un estallido general de sublevación contra Felipe II, iniciándose así la denominada «guerra de los ochenta años». En una década creció la animadversión con los ingleses, que fue inevitable al prestar estos ayuda a los rebeldes y atacar sistemáticamente los barcos españoles que iban y venían de América, buscando romper el monopolio español en las Indias. En definitiva, un guerrear constante que algunos insisten en afirmar que fue fruto de una práctica política belicista y agresiva cuando, en realidad, fue belicista, sí, pero no agresiva, pues la defensa fue el elemento dominante en la política y en la conducta real.

En la relación de Felipe II con el pontificado hubo dos elementos que contribuyeron e indujeron el choque entre ambos: el dominio español de una buena parte de la península italiana y la independencia que *de facto* le proporcionaba el patronato real a la Iglesia española, porque el soberano podía determinar o impedir la publicación de los decretos papales en los reinos peninsulares, además de fiscalizar en buena parte los beneficios eclesiásticos en Castilla, ejerciendo un poder total sobre la Inquisición. Y no hay que olvidar la importancia de la Monarquía Hispánica como la gran defensora del catolicismo aunque, a veces, su hegemonía y acciones inquietaban a la Santa Sede, que la juzgaba más bien como prepotente. Obviamente, se buscaba la restauración espiritual de Europa y, tras Trento, este objetivo volvió a adquirir destacada preeminencia, porque al asunto estrictamente religioso se unieron planteamientos políticos como sucedió respecto a Isabel de Inglaterra, la cuestión sucesoria francesa y las discrepancias entre Madrid y Roma sobre cómo tratar la sublevación flamenca. En esta realidad planeaba el poder hegemónico de Felipe II y la idea de que el romano pontífice era cabeza espiritual del orbe católico, pero por igual conciencia tenía el deber de posicionarse siempre y de forma incondicional del lado hispano, por ser el principal sostén de la catolicidad.

Durante su reinado se sucedieron en el solio pontificio ocho padres santos, algunos protagonistas de efímeros papados. Sin embargo, para las relaciones hispano-pontificias, cuestiones como la fase final del Concilio de Trento, la lucha contra los turcos y la conversión del soberano francés Enrique IV al catolicismo, sí tuvieron efectivas repercusiones. Paulo IV (1550-1559) siempre se mostró claramente antiespañol. Pío IV (1559-1565) se manifestó conci-

liador al principio, mas luego discreparía de Felipe II. Pío V (1566-1572) fue el único pontífice capaz de luchar por la unión entre la Iglesia romana y la Corona más omnipotente de la cristiandad, la Hispánica. Y con él se hizo realidad la organización de una Liga contra el Turco formada por príncipes cristianos y se preparó para convencer a los príncipes italianos y al rey español en una suerte de eficaces negociaciones en las que Francisco de Borja, general de los jesuitas, fue un eficiente mediador.

Formación de la Santa Liga

Ya conocemos la trayectoria histórica de los Estados firmantes de la Santa Liga y las razones para formar parte de ella. Se hace necesario recordar que era perentoria la unión de las fuerzas y así se hizo. El papa Pío V reunió a embajadores y plenipotenciarios para preparar medidas preventivas seguras contra la extensión otomana por el Mediterráneo. Las polémicas se concentraron en los designios de tal coalición y en la permanencia de la agrupación de las fuerzas, con actitudes antitéticas entre venecianos y españoles. Los primeros pretendían circunscribir el área al Mediterráneo oriental, en tanto que los segundos ansiaban incorporar las costas del norte africano. El convenio para la constitución de la Santa Liga se notificó el 25 de mayo de 1571, habiendo sido suscrito cinco días antes en presencia de Pío V, por delegados papales, de Felipe II, las Repúblicas de Venecia y Génova, los ducados de Toscana, Saboya, Urbino y Parma y los caballeros de Malta. Estaba escrito en unas cláusulas precisas que afectaban a todos los signatarios, acordándose que la asociación serviría para acometer Turquía e igualmente para arremeter contra los asientos turcos del norte de África, siendo el objetivo fundamental la conquista de Chipre y Tierra Santa. Las ocupaciones del norte de Berbería serían para España (Argel, Trípoli y Túnez), el Levante para Venecia y el pontífice como árbitro entre ambos, si bien el botín de guerra se dividiría equitativamente entre los miembros de la Liga, según su contribución. Pese a que no todas las fuentes coinciden en el número de barcos, señalamos el sentir de la mayoría al afirmar que la Armada estaría constituida por 200 galeras, 100 naves, 50.000 soldados de infantería españoles, alemanes e italianos y 4.500 jinetes, y un número conveniente de cañones y otros pertrechos. La Santa Sede se comprometió a contribuir con 12 galeras capacitadas y dispuestas, 3.000 infantes, 270 jinetes de caballería ligera y a sufragar una sexta parte del total del costo de la coalición. Por su parte, España contribuiría con tres sextos de los gastos (la mitad del total), Venecia dos sextos (un tercio) y el papado el sexto sobrante. Si esta partición fuera exigua también quedó acordado que el descubierto sería asumido por Venecia y España, de forma semejante.

Puesto que el acuerdo contemplaba una duración no inferior a un trienio, cada año, en torno al mes de abril, debían congregarse en el Mediterráneo

oriental para efectuar las acciones que los miembros integrantes hubieran convenido al final de la acción anterior. Felipe se arrogaba el derecho a elegir el comandante de la expedición (Juan de Austria) y cada integrante de la Liga aportaría un capitán general, acordando entre todos ellos el plan anual de intervenciones. Ninguno de los firmantes podría convenir tregua ni paz con el contrario sin cooperación y alianza de los otros. Y un estandarte común a todos sería su seña de identidad. Sancionado ya el acuerdo, Pío V intentó la participación de Francia y Portugal, sin conseguirlo, pactando la primera incluso con los otomanos y, como ya hemos señalado, ofreciendo implícitamente sus bases navales en territorio francés.

Epílogo y reflexión final

No son estas páginas el lugar para desarrollar el enfrentamiento que acaeció en Lepanto, pues nos hemos limitado a explicar las razones de la formación de la Santa Liga. Pero sí parece oportuno apuntar a lo que ocurrió después. Pío V, que había regalado un estoque a Juan de Austria en recuerdo de la victoria, moría al año siguiente. El nuevo papa, Gregorio XIII, continuó el impulso de su antecesor con la coalición. Se reunió una nueva Armada de tamaño inferior a la de Lepanto, dispuesta a sacar provecho de la esperada superioridad sobre el enemigo. Sin embargo, la sorpresa fue encontrarse con un conjunto naval otomano de dimensión parecida al año anterior, si bien sus dotaciones estaban ocupadas por gente sin apenas adiestramiento. Su almirante, Uluch Alí, el único superviviente de Lepanto, entendió que no tenía posibilidades de victoria, por lo que se refugió en Modón y Navarino, en la costa sur de Anatolia. Aunque fueron bloqueados por los cristianos, no hubo mayor trascendencia, concluyendo así las operaciones de 1572.

La convulsión comercial provocada por el conflicto bélico le proporcionó a Venecia un sabor agri dulce: la victoria había sido un éxito para la cristiandad, pero si quería continuar con su tradicional comercio con Oriente, le era necesario restablecer la buena relación con la Sublime Puerta, que era el paso obligado en sus rutas comerciales. Por este motivo, sin informar a sus aliados como estaba estipulado en el pacto de la Santa Liga y, con ayuda de los franceses, consiguió instaurar un acuerdo de paz con los turcos en 1573 que sorprendió a todos, máxime al conocerse las concesiones que se hacían al vencido: Chipre permanecería en manos otomanas y Venecia abonaría 300.000 ducados para ayudar a la reconstrucción de la armada infiel. La reacción de los coaligados fue de cólera y rabia, como bien podemos observar en los escritos de literatos españoles, entre otros los de Quevedo, que no dejaron de criticar y satirizar el comportamiento de la Señoría, si bien y con más calma Felipe II aseguró que en los venecianos había pesado más el aspecto comercial que la defensa de la cristiandad. Y lo dejó pasar.



La flota otomana atacando La Goleta (Túnez), 1574. Braun and Hogenberg.
(Fuente: www.wikipedia.org)

Con todo, aunque es cierto que Lepanto frenó el avance imparable de los otomanos que parecían imbatibles en la mar sobre Occidente, no quebró el espinazo infiel y los cristianos no sacaron partido del éxito por varios motivos, entre ellos lo avanzado de la estación con la amenaza de temporales, los débiles lazos de cohesión entre los participantes —con intereses muy diversos— y también por la desconfianza entre dos de los principales coaligados: España y Venecia. A partir de aquí, la contienda turco-cristiana se aplacó, si bien habrían de protagonizar un nuevo enfrentamiento en 1574, porque para entonces, el sultán turco ya había logrado reconstruir su Armada y poner a flote una fuerza comparable, en número y calidad de barcos, a la que había perdido en Lepanto. En efecto, los otomanos tomaron Túnez, conquistada por Carlos V en 1535, que marcó el éxito del Imperio otomano sobre el hispánico y decidió que el norte de África estaría bajo dominio musulmán en lugar de cristiano, poniendo fin a la conquista española en el Magreb iniciada en tiempos de los Reyes Católicos.



La batalla de Lepanto, por Lucas Valdés Carasquilla. Real Parroquia Santa María Magdalena de Sevilla

Así, pues el casi lustro de enfrentamientos navales a gran escala en el escenario mediterráneo, iniciado con el ataque a Chipre y concluido con la pérdida de Túnez, se cerró con un saldo favorable a los otomanos. La sonada victoria cristiana de Lepanto se reveló a corto plazo decepcionante para la coalición vencedora, si bien el poder turco no pudo resarcirse por completo de las gravísimas pérdidas materiales y, especialmente de las humanas y morales, que le fueron infligidas en ese día. Pese a que el conflicto entre ambos Imperios solo duró hasta 1577, cristianos e infieles empezaron a estar cada vez más interesados en poner fin a sus duelos de grandes proporciones para poder ocuparse cada uno, con mayor libertad, de sus asuntos en otros escenarios. Así, el Turco iniciaba otra etapa de su historia en la que su frontera este con Persia, le reclamaba sus hombres, recursos, atención y sus miras hacia oriente. Y Felipe II pudo dirigir sus esfuerzos al norte, a tratar de acabar con la sublevación flamenca iniciada tres años antes. Habrían de pasar ochenta años para que la insurrección neerlandesa viera sus sueños cumplidos al lograr en la Paz de Westfalia el reconocimiento de Holanda como Estado independiente.

Analizando los prolegómenos y el transcurrir de la batalla, puede decirse que el triunfo de la Armada cristiana se logró tras superar múltiples situaciones críticas y desacuerdos entre sus componentes que pudieron dar al traste

con la coalición. No obstante, la victoria fue clara y rotunda en defensa de la Cruz.

Hay que reflexionar sobre el hecho de que en ningún lugar del mundo, cualquiera de las religiones ha servido para que la humanidad se acercara con respeto y sin temor, y que las acciones en nombre de ellas solo han traído horror y terror por doquier. Lepanto pudo ser, probablemente, el más sangriento enfrentamiento de la historia del ser humano, una terrible matanza sin precedentes, pero sirvió para demostrar que el esfuerzo conjunto de los Estados cristianos —por poco que durara—, podía detener el avance otomano. Con el resultado, por fin, había sido destruida la armada turca y con ello el mito de su invencibilidad: Europa había sido capaz de movilizarse al unísono frente a un enemigo común.

Lepanto significó un punto de inflexión: no dio lugar a ninguna conquista permanente y tal vez fue estéril en sus resultados inmediatos. Pero la cristiandad, que llevaba mucho tiempo conteniendo el aliento, empezó a respirar tranquila a medio y largo plazo.

